

Arte y posibilidad

EMILIO ESTIÚ

Universidad Nacional de La Plata

Sin mayores discusiones se admite que lo que llamamos vida de la cultura —y con ella del arte— no agota la esencia de la cultura. Al contrario, el signo distintivo de ella estaría dado por algo que es *más* que vida. Pero ¿qué define este *más*? No creo que simplemente consista en formas cristalizadas, invariables en su objetividad e indiferentes a la vida vivida. De ser así, las diversas interpretaciones de lo artístico y los cambios del gusto serían difícilmente explicables. Pero si pensamos lo que sobrepasa la vida como lo contrario de ella, surgirían nuevas dificultades. Tendríamos que oponerle la muerte, entendida en dos sentidos: o como lo que ha llegado al fin de su existencia temporal o como lo que sin aliento vital alguno, es indiferente y ajeno a la vida. En el primer caso, tendríamos que admitir una muerte natural del arte y eso nos llevaría a la desacreditada comparación de la cultura con organismos; en el segundo, convertiríamos la relación entre el poder creador del hombre y sus productos en un enigma indescifrable. En el arte, empero, se retiene algo de la vida de su creador: por eso nuestra vida comprende la de la cultura que, desde otros puntos de vista, encierra una superación de lo viviente. Por supuesto que desde el arte no comprendemos —y estéticamente no nos interesa— la vida del artista ni tampoco ésta nos ayuda en la comprensión de la obra: en el producto mismo late una vida que es *más* que vida. Veamos esquemáticamente cuál es su naturaleza.

En la vida humana hay una inversión de los modos del tiempo. Lo fundamental en ella no es el pasado, como causa del presente, sino el futuro que tiene el poder de realizar lo actual. Lo que tiene vitalidad y existencia real es, por cierto, el presente; pero el presente sólo es una continua tensión hacia metas que como fines que están

más allá del ahora se van realizando. La falta de acción, de impulso creador, la inercia de un estado que subsiste en un presente sin cambio, son los caracteres mismos de lo no vital.

Vivir es, pues, actuar, actuar es realizar fines y toda finalidad supone el futuro. Pero el futuro de la vida trivial es mezquino en posibilidades; las finalidades están apegadas a las necesidades de la acción utilitaria o a las soluciones perentorias de los problemas de la existencia. El espíritu, en cambio, sostenido por lo vital, nutre su vida con el tiempo; pero su trato con él es diferente al de la vida, que no sólo *está* inmersa en el tiempo sino que es *fluir* temporal. En primer lugar, el futuro que se abre ante el espíritu presenta dimensiones que la vida desconoce. Existir es poder realizar posibilidades, es poseer un margen de futuro o, lo que es lo mismo, una reserva de realidad potencial. Todo lo real, en efecto, es temporal; pero existe una forma de temporalidad que todavía no es, que se da, frente a lo real, como potencia y posibilidad. El futuro es tiempo que mientras conserva su realidad en estado potencial no dura ni se acaba. Las cosas y acontecimientos que tienen ser, sometidos al nacimiento y a la muerte, nos aplastan con el peso de su realidad y devenir. El futuro, justamente porque no es, nos libera de su presión y sentimos que la libertad, como acción posible de nuestra vida en un mundo que depende de nosotros, nos pertenece. Pero nuestra vida transcurre en la realidad y del no ser del futuro sólo tiene interés y toma posición frente a lo que puede llegar a ser un elemento más de la realidad. Y la existencia entre las cosas reales es, por otra parte, problemática: existir es afirmar el propio ser, es cobrar conciencia de un yo diferente e incluso hostil a lo otro. Mientras nos movemos entre lo existente, nuestra vida está en peligro: puede ser anulada y devorada por las otras. Por eso otorga plena existencia, tanto a las cosas como a sí misma, cuando las ve y palpa en un presente; de lo futuro únicamente se ha de actualizar lo necesario para la afirmación de la existencia.

Muy otra es la condición del espíritu; él *sabe* que su vida no es ésa. Quiere sosiego, conformidad, permanencia. Y el cumplimiento de su aspiración sólo podrá realizarse mediante una elevación sobre lo existente y sobre la propia y problemática existencia. Y al evadirse de ella, encuentra la posibilidad. En lo posible no hay conflictos, puesto que todo problematismo brota de la existencia. Si la vida es temporalidad está destinada a ir desgastando el futuro posible a me-

dida que lo actualiza y lo convierte en realidad; pero en esa marcha al acabamiento de su ser va dejando momentos de su pura posibilidad: son los que el espíritu fija, porque los separa del esquivo presente y los lleva, por encima de las formas movibles de la realidad, al plano de lo posible. El producto de esa desrealización es una *nada* desde el punto de vista de la realidad, precisamente porque no es un momento de lo real; pero constituye el núcleo mismo de la obra artística y lo único permanente y fiel a su esencia en la continua alteración de lo efectivo. Cuando el espíritu trasciende lo vital de la existencia, encuentra ante sí un mundo pletórico de posibilidades. En su dimensión estética, abarca ese mundo de lo posible en su totalidad; pero no para llevarlo a la existencia, con lo cual forzosamente lo recortaría y lo tornaría parcial y limitado, sino para conservarlo como posibilidad. Lo potencial de un futuro que no se hace presente y real es la meta que persigue la vida estética del espíritu. También en ella hay finalidad, puesto que hay un futuro; pero como no es pensada en relación con su existencia, es, como quería Kant, una finalidad sin fin.

También con relación al pasado, el espíritu se aparta de la vida. En nuestra conducta práctico-utilitaria sólo descubrimos del pasado los momentos que dan cuerpo a la existencia actual: hay una simplificación vital de la propia vida. Por otra parte, ninguna opresión es tan férrea como la que viene de lo pretérito: lo que ha sido realizado por nosotros, no puede por nosotros ser suprimido. Casi toda nuestra vida es una justificación de lo ya vivido, tan grande es el peso del pasado. La contemplación espiritual, en cambio, es capaz de quitar realidad a lo real, de tornar ligero a lo grave y, con ello, de sentirse dueña del tiempo. Puede tener conciencia de la posibilidad hasta en lo ya realizado porque no advierte de éste las partes que integran nuestra realidad existente, sino que convive con la complejidad vital nutrida por lo que había sido un futuro posible que se realizó parcialmente. Sabe el espíritu que lo que su vida hizo fué solamente una empobrecida actualización de un potencial inacabable de vida. Nada está muerto en la vida del espíritu: lo que no es, por ser posible y lo que no es, por haber sido, se dan juntos en la dimensión de una vida que se complace en lo permanente y que se reconoce en lo eterno.

Y también con relación al presente es el espíritu la profundización de la vida. La vida espiritual es opulencia frente al empobrecimiento

forzoso de la existencia. Pero sólo se posee la riqueza cuando no agobia la necesidad de lo presente o no angustia la incerteza de lo futuro. Para el espíritu el presente no es la angosta franja de lo necesario sino la gozosa y libre contemplación de lo dado; así como el futuro no es la inquietante elección de lo que otorgará seguridad a la existencia, sino el campo infinitamente rico de la posibilidad. En todas las latitudes del tiempo, pues, el espíritu tiene el poder de tornar posible a lo necesario. Cuando la vida cree que su fuerza está agotada en la estrechez de sus horizontes problemáticos, el espíritu demuestra que se pueden ensanchar esos límites y volar libremente por encima de la realidad.

Si la vida que acabamos de describir crea, sin tratar de resolver los problemas o de aclarar el sentido de la existencia, surge el mundo del arte. La belleza artística es la posibilidad que se ha tornado real y por tanto existente, pero sin perder su naturaleza potencial. En efecto, su secreto está en poder desrealizar la materia, en hacer que pierda su opacidad original para que se torne trasparente lo posible y con él la vida espiritual. Así lo han visto todos los grandes metafísicos del arte. Desde que Plotino consideró que a través de la materia sensible del producto artístico brillaba lo inteligible, ese planteo reaparece una y otra vez, por diferentes que sean los sistemas y las épocas. Así, por ejemplo, está en Santo Tomás que vió en la belleza el esplendor de la forma sustancial, en Hegel que la interpretó como apariencia sensible de la Idea, en N. Hartmann para quien lo interior e irreal del arte es el fundamento mismo de la belleza. Todas ellas son interpretaciones de algo dado, del hecho de que el arte, como realidad empírica, es la envoltura de otra manera de ser, ni real ni sensible. Y ese modo de ser es la vida espiritual en el ejercicio posible de todas sus facultades.

Dentro de esta concepción de lo estético, entendido como el mundo de lo posible, encuentran adecuado lugar los problemas fundamentales que el arte ha propuesto desde siempre a la filosofía. Sólo me referiré ahora a los siguientes: el aislamiento del producto artístico, la purificación de la vida real a través del lenguaje del arte, el desjuste que encuentra todo creador entre lo que quiere y lo que puede expresar y, finalmente, lo misterioso del mensaje artístico vivido en la contemplación subjetiva. Por supuesto, *enunciaré estos puntos como conclusiones*, que a su vez, ofrezco como principios de un programa.

- a) El producto artístico, que encierra dentro de sí un mundo de posibilidades, se aísla de las cosas existentes porque necesita crearse su propio medio para poder subsistir así en un mundo que no es el de las cosas naturales. Ya Goethe lo había dicho con inolvidables palabras: "a lo natural apenas si le alcanza el universo; pero lo artificial necesita un espacio cerrado"¹. Ese espacio cerrado es la envoltura de algo que no tiene actualidad y que sólo así recortado y separado puede guardar, entre las existencias, el secreto de su naturaleza potencial.
- b) No se puede negar el hecho de que en toda gran obra de arte se encuentran las restantes dimensiones de la vida espiritual. En su contenido se dan intuiciones metafísicas, concepciones religiosas o experiencias sentimentales de la personalidad. Pero nada de eso es real. La materia artística no es la misma que la de la vida real; ha sufrido una κάθαρσις en virtud de la cual se desvitalizó o desrealizó. El arte es la expresión de la conducta del espíritu que, al no seguir el derrotero que la vida le indica, descubre la potencia universal de la vida. La posibilidad, que es el ser mismo de la existencia del hombre, es el único pero inacabable contenido del arte.
- c) Claro está que el artista tendrá que luchar con los medios de expresión porque la materia con que se configura la experiencia estética es forzosamente existente y, a veces, puesta al servicio de la vida común del hombre. Mal podría ser lo real la acabada mostración de lo posible; pero la dignidad del arte está justamente en esta conversión, por la cual la realidad se somete a las exigencias del espíritu.
- d) También la experiencia estética, lo que el contemplador vive en su trato con el arte, viene en apoyo de lo que estamos diciendo. Pues esa experiencia es sentida como la total inmersión de nuestro ser en un mundo diferente o como una inefable aventura del espíritu. Y al salir de ella, las existencias concretas nos parecen desprovistas de todo encanto, pues nuestra comunión con el arte, nos ha revelado que lo existente es siempre un empobrecimiento necesario de lo posible.

¹ *Natürlichem genügt das Weltall kaum, was künstlich ist, verlangt geschlossnen Raum. Faust, Zweiter Teil. 2. Akt: Laboratorium.*